

RAFAEL GARCÍA CAPURRO (1904-1998)



Dr. García Capurro

Alberto Varela Feijoo
Néstor Azambuja Barreneche
Héctor Bello Schmitt

Nace en Montevideo el 3 de julio de 1904.

Fallece en Montevideo el 5 de abril de 1998.

Estudios secundarios en el Colegio Elbio Fernández.

Terminada la Facultad de Medicina de Montevideo, asiste al Servicio del Dr. Iraola en el Hospital Maciel, donde recién llegado, observando una operación de quiste hidático, cuando llegó el momento de verter formol dentro del quiste, al ver que el frasco humeaba, dio la voz de alarma, sospechando que podía ser ácido clorhídrico... Y en efecto, lo era. Esta observación, además de evitar un grave accidente, le hizo ganar la confianza del profesor, que lo retuvo un tiempo trabajando a su lado. Pasados varios años, Iraola fue invitado por su antiguo discípulo para presenciar una operación de vesícula biliar y comentó: "este muchacho opera muy bien, las vesículas, pero las opera al revés, del fondo hacía el cístico"... Era la nueva técnica "retrógrada"...

Asistió después al Servicio Quirúrgico (Instituto de Posgraduados) del Prof. Eduardo Blanco Acevedo. Para medir el conocimiento del recién llegado, el protocolar jefe de Servicio le ofreció el bisturí. El novel cirujano, sin la menor ceremonia, le pidió intercambiar de posición y en 17 minutos (según el Dr. Enzo Mourigan), ¡había terminado la operación de Halsted!

Concurrió, junto con el Dr. Héctor Ardao, al Hospital Británico de Rosario (Argentina) a la Clínica del Dr. Cames, famoso por el buen resultado de sus gastrectomías, de tan alta mortalidad en aquel tiempo.

En esa misma ciudad, los dos médicos uruguayos asistían a la Clínica del Dr. Lelio Zeno, uno de los fundadores de la Cirugía Reparadora y Estética. De ahí que el

Dr. García Capurro fuera de los primeros en dominar en Uruguay los injertos, la reparación de tendones o nervios, y en general la cirugía reconstructora, que practicó con maestría.

Otro cirujano argentino que contribuyó a la formación de nuestro profesional, fue el Dr. Yván Yvanicevich.

En una gira por Estados Unidos, recorrió varias Clínicas y entre ellas la Mayo.

A raíz del terremoto de San Juan (Argentina) acudió a ayudar con un grupo de cirujanos uruguayos, y llamó la atención por sus recursos ingeniosos, como el uso de neumáticos de bicicleta para tensar las fracturas de clavícula, y valerse de rayos de bicicleta para reparar las fracturas.

Pero, sin duda, el lugar de actividad quirúrgica fue, toda su vida, el Hospital Británico de Montevideo, de donde su padre, el Prof. H. García Lagos, era Director Técnico, puesto que él heredaría.

Ahí recibe material clínico muy abundante, de los enfermos de la Administración de Ferrocarriles, del Círculo Católico de Obreros, de la Mutualista del Partido Nacional, de todas las Compañías Navieras extranjeras, de Seguros internacionales, de los socios del Hospital Británico, más la clientela particular.

Esas fuentes, de tan variada patología, contribuyeron a que sus conocimientos se ampliaran cada día. Por ejemplo, los graves accidentes de los obreros del Ferrocarril lo convirtieron en un traumatólogo, hasta con técnicas propias en las reparaciones óseas.

García Capurro fue, ante todo, un creativo, no ortodoxo, tan independiente que a menudo no coincidía con la cirugía clásica. Por eso repetía: *"Que el aprender de los otros no te inhiba de actuar según tu propio criterio"*. No perteneció, por lo tanto, a ninguna escuela quirúrgica, sino que creó una.

Entre sus inventos geniales, luego difundido a muchos lugares, está la circulación del aire filtrado, en el block operatorio. Sus resultados fueron espectaculares. Disminuían los microbios (testimoniado por Cajas de Petri en cada rincón del block, que el laboratorio controlaba e informaba periódicamente) y como consecuencia, el número de infecciones operatorias se redujo notoriamente. El invento, (1940), que todos admiraban por su sencillez y resultado, no tardó en ser imitado en varios lugares. Y a pesar de haberlo publicado (9 y 10) no se recordó el nombre de su autor. Hoy, todas las instalaciones de salas de operaciones modernas, además del aire acondicionado, aplican el filtrado como algo muy natural.

Cualquier intervención tenía, según él, que comenzar con una buena exposición del campo operatorio. Tal importancia concedió a este principio, que entre tanto instrumento que inventó o modificó, gracias a su habilidad manual e ingenio, destaca el separador ortostático, sujeto a los bordes de la mesa. Fue adoptado en otros países, como España, donde le llaman "Valva de Montevideo".

Siempre con la obsesión de exponer al máximo el campo operatorio aplicó la "Suspensión al zenit". Con material elástico esterilizado, suspendía la víscera que le dificultaba las maniobras, de ganchos pendientes del techo (la mama o el colon por ejemplo), manteniéndolas levantadas, para trabajar más cómodo, él y los ayudantes.

También colgaba del techo los frascos de suero u otros aparatos, despejando así el suelo de la sala, para facilitar la circulación.

Muchos otros inventos fueron apareciendo: separador elástico; aspirador continuo para oclusiones intestinales; palanca para masajes cardíacos; rollos de gasa para aislar parte del campo operatorio; aspiradorcoagulador (inspirado en el de neurocirugía); bisturí en hoz (inspirado de la oftalmología); modificación de los separadores de Farabeuf (que llamaban en broma de "Rafabeuf"); dermatomo especial; soporte colpoestático (para histerectomías); cemento de zapatero esterilizado, como adhesivo en la piel; rollitos de gasa para afianzar los puntos de la cicatriz; "polifón" (esponja sintética) para cubrir las heridas, que permitía pasar el aire pero no la infección. Y cuando los inventos pierden actualidad, los guarda en una vitrina que llaman "El Museo".

Su conciencia científica y clínica era tan rigurosa que se rodeaba de los mejores técnicos en cada campo para brindar la más moderna asistencia.

En las visitas matinales, recorriendo los enfermos de las Salas Generales (Henderson, Flemming y Maud Adams), y de las habitaciones, se solía hacer acompañar por los distintos técnicos: laboratorista, radiólogo, anatomopatólogo, transfusionista etc., lo cual beneficiaba a todos y principalmente al enfermo.

Solía comentar y discutir las decisiones quirúrgicas con sus colaboradores y

discípulos, en sesiones que equivalían a ateneos multidisciplinarios.

Un ejemplo curioso o anecdótico fue el caso ocurrido en 1957, de un marinero noruego de 16 años, que había sufrido un enorme politraumatismo por la caída a bordo de un barco. Llegó al Hospital Británico con gran anemia, pero consciente. La masa encefálica a la vista (cubierta con semillas de cereal, del fondo de la bodega del buque), herida del hemitórax izquierdo con fractura expuesta de costillas, hombro derecho desgarrado, rotura de bazo, sección de tendones y varias lesiones más.

El Dr. García Capurro inmediatamente, pero con calma, reunió a un equipo de neurocirujanos, otro de traumatólogos y él comandó el quirúrgico, con el malogrado Dr. Michelini. Todos ellos se pusieron a trabajar al mismo tiempo, con la asistencia de radiólogo (Dr. Azambuja), anestesista (Dr. Trilla) y transfusionista (Dr. Estol), que le pasó varios volúmenes de sangre. Todo esto que hoy parece corriente, hace cuarenta años fue una decisión muy osada, casi de ciencia-ficción. Llevó cuatro horas y media el conjunto de intervenciones. Veinte días más tarde, viajó el joven escandinavo en excelente estado general a su patria, donde nadie le habrá creído su aventura.

Hacia 1965, vino al Hospital Británico de Montevideo el Prof. Roy Claus, de la New York University, y tuvo ocasión de ver operar al Cirujano Jefe. Cuando a los 30 minutos había terminado la intervención, el comentario de admiración del americano fue lacónico: "¡Cinco cc de sangrado!".

Los anestelistas son los que mejor pueden comparar a los distintos cirujanos. Al Dr. Fernández Oria, a la vuelta de un largo viaje de estudios, le preguntaron cómo eran los grandes operadores extranjeros y respondió: "No mejores que García Capurro"...

La mejor prueba de como impartió enseñanza, sería recorrer someramente la lista de algunos de sus discípulos directos y colaboradores, que llegaron a médicos destacados, muchos de ellos profesores de la Facultad de Medicina:

Doctores Néstor Azambuja, Omar Barreneche, Héctor Bello, Jorge Bermúdez, Antonio Cañellas, Roberto De Bellis, Diego Estol, W. Fernández Oria, Raúl Morelli, Luis A. Michelini, Alejandro Nogueira, Serafín Pose, Juan C. Rey, Aldo Roncagliolo, José C. Russi, Jorge Sierra, Daniel Taullard, Gustavo Veirano, Jorge Zuasnábar, etc., etc.

Para resumir sus logros y nuevas técnicas, baste decir que fue el primer médico en el mundo que consiguió transplantar un fémur humano completo, en 1951.

Publicado en 1952 (Bibliografía 13 y 17), no tuvo la repercusión mundial que merecía.

El ferroviario I.M. de 41 años, presentaba una hidatidosis de la cabeza del fémur izquierdo. Para evitar amputarle el miembro, como era la solución clásica, consultó con el traumatólogo Dr. P. Pedemonte, que había conseguido ya sustituir pequeños huesos, (falanges y metacarpianos) quien estuvo de acuerdo en reponer el fémur (el mayor hueso del esqueleto). El mismo Pedemonte consiguió un fémur izquierdo de una mujer, muerta por accidente dos horas antes, y lo llevó al Hospital Británico, con todas las precauciones de asepsia.

Los grupos sanguíneos no eran compatibles. En esos tiempos no estaban afinadas las ideas de histocompatibilidad y rechazo. El nuevo fémur medía 3 cm menos que el del paciente. Decidieron intentar, y el Dr. García Capurro, con el Dr. Pedemonte y el Dr. Michelini... ¡¡ lo consiguieron!!

Permaneció en cama un mes. A los sesenta días se saca el yeso. La rodilla un poco balante le obligó a usar bastón. Los movimientos articulares disminuyeron algo pero no se trató de mejorarlos, prefiriendo la anquilosis.

La prestigiosa revista inglesa "Bones and Joints", dirigida por Watson Jones, del London Hospital, recoge el extraordinario acontecimiento. En 1960 fue llevado al Congreso de Traumatología de Estocolmo.

En 1972 una nueva publicación (17) del Dr. García Capurro informa, 21 años después, que el paciente sufrió un traumatismo y dos fracturas del fémur injertado, pero seguía trabajando y haciendo una vida normal.

Tan importante quizás como estos éxitos profesionales fue la atmósfera que con el ejemplo creaba a su alrededor en la sala de operaciones y en todo el hospital –como Director Técnico– sin nunca dar órdenes altisonantes. Él mismo confesaba que nunca necesitaba darlas, porque ya todos habían cumplido con sus obligaciones. A su lado siempre había paz y serenidad. Los momentos dramáticos pasaban desapercibidos, porque el maestro los solucionaba siempre sencillamente.

Fue un hombre extraordinario que lo disimulaba con su modestia y silencio, lo que provocaba todavía más admiración en los que lo rodeaban. Y lo fue desde su

juventud en que se destacó en cualquiera de los deportes que practicaba. En el tiro al blanco, como en el resto de las actividades, "daba siempre en la diana". Recorría, con el Dr. José C. Russi, grandes distancias en bicicleta, que, claro, él mismo reparaba y modificaba, como hacía con los automóviles, valiéndose simplemente de algún método ingenioso que improvisaba. Ganó la Carrera en Automóvil Montevideo - Rivera - Montevideo, con su amigo el Ing. Bermúdez, durante la cual se ingenió para substituir un engranaje roto por una pieza tallada por él, a navaja, con madera dura de un poste de curupay, del camino.

Jugaba bien al tenis y al frontón; nadaba perfectamente y era capaz de proezas de habilidad como la de galopar en dos caballos al mismo tiempo y saltando al suelo como los cosacos; o dar un salto "a la torera", como de circo, para traspasar todo su cuerpo a través de la pequeña ventanilla de la oficina de Mr. Heidy.

En su casa de la calle Garibaldi, se podía admirar su escritorio abarrotado de libros de medicina y de muchas otras disciplinas. Era un gran lector de temas culturales y revistas científicas de actualidad.

Al lado de su mesa hay un banco de carpintero con las herramientas más variadas. Esas manos que tanta vida han tenido y dado, no cesan de trabajar, tallan una escultura de madera de tamaño natural, que es... su misma mano, o la cara de una niña sonriente. Recorta raíces con formas caprichosas y las convierte en esculturas abstractas.

El dibujo en lápiz o tinta le apasionaba. A la vuelta de un viaje, en vez de las consabidas fotografías, él traía un gran block con apuntes de paisajes y monumentos magníficos. También dominaba la difícil acuarela, la tiza, y hasta usó a veces el óleo... ¿De dónde saca tiempo, con las horas que trabaja?

No era hombre de reuniones sociales, ni de muchos amigos. Sus fines de semana los pasaba, invariablemente, en el Río Santa Lucía, que él llamaba "su río", navegando siempre en el velero "Carina", tipo ballenera, de dos palos y cuatro cuchetas. Se quedaba muy a menudo a dormir en él, solo o con amigos, generalmente médicos del Hospital Británico (Dr. Roncagliolo y Cristina (los más asiduos), Dr. Stanham, Dr. Michelini, Enrique Larraechea y sobre todo su socio Ricardo Reille.

Conocía tan bien todos sus recovecos, que lo llevó a elaborar un mapa detallado de la zona que usaron muchos otros navegantes. Disfrutaba de días y noches sobre los distintos arroyos, unas veces con invitados, otras meditaba en la soledad, y escribía en su "Libro de Bitácora", tesoro que algunos muy allegados han visto y fotocopiado. Son 54 grandes páginas, en colores, que bastarían a cualquiera que no lo conociese, para admirarlo, por la sensibilidad artística, literaria y poética que demuestra. Contiene magníficos dibujos a tinta, a lápiz o acuarelas, de distintos parajes preferidos de "su" río (Arroyo de la Lista, Tres Bocas), así como una cantidad de cuentos, reales unos, pero especialmente del ambiente mágico del río, otros; poblados de personajes imaginarios, brujas que se transforman en animales o duendes (La gata, Sabina, Cuento de brujas, El sátiro, Estrofas del río, Los efímeros, La casa del inglés, Un cuento para ti, etc.), pero además muchas poesías, sobre diversos temas, pero siempre interesantes (La Niebla, la Lista, Las gaviotas y los cangrejos, Bartolo, Estrofas del río, Los efímeros, La casa del inglés, etc.) ilustradas con dibujos a tinta, correspondientes al tema.

Hay varias dedicadas al Amor, con un epigrama:

*los amores del río
son sacrosantos
ellos se aman,
adoran el río
le hacen cariños al barco*

Como dominaba cuatro idiomas, se dio el lujo de escribir poemas en otras lenguas, como "Mein Bach" (Mi río) en alemán o "Had you been there", en inglés.

"Mis amigos los bichos, y las plantas", no quedan fuera, en verso o en prosa, todos ellos acompañados de ilustraciones en colores que son verdaderas láminas zoológicas o botánicas

Pero su máxima manifestación escultórica fue la creación (primero literaria y luego material), en madera de laurel paraguayo, del mismo tronco del que se talló la escultura a Horacio Quiroga, que está en Salto.

Es "Bartolo", el dios de río, principal personaje de un mundo de leyenda, que fue forjando con los años. Alzó un altar natural frente al puerto Chiquitua, en donde

entronizó a Bartolo. El primer sábado de noviembre, con luna llena, tuvo lugar la procesión náutica, de unas treinta embarcaciones, con fogatas alrededor del Dios Bartolo, que se institucionalizó e hizo tradicional.

Pero lo más admirable, no es sólo ese polifacetismo, sino que todos los dibujos o pinturas, versos o pensamientos, cuentos o tallas, son de una calidad y belleza indiscutible.

Su amor por el río lo llevó a dibujar un mural en el cuarto de descanso del block operatorio, un paisaje del río, con su barco, que de vez en cuando cambiaba de lugar, ya que todo era dibujado en tiza. Duró años allí, hasta que algún ignorante o displicente pintó la pared.

Es importante hacer notar que, aunque estuviera descansando el fin de semana en su paraíso del río, todo lo abandonaba inmediatamente si lo reclamaba una llamada urgente del médico de guardia del Hospital Británico, sin mostrar el menor signo de contrariedad, como si llegara de su casa a la hora de operar.

Por motivos circunstanciales no siguió la carrera docente de la Facultad, pero siempre se mantuvo al día, por ser un gran estudioso, lector permanente de revistas extranjeras y no cabe duda que creó una escuela basada en la práctica directa de la cirugía diaria.

Si no fuera así no lo hubiera nombrado la Sociedad de Cirugía su Presidente. En un congreso fue reconocido como "Maestro de la Cirugía", la Academia de Medicina del Uruguay lo eligió como miembro, y los empleados del Ferrocarril le hicieron un gran homenaje, entregándole un bisturí de oro. No sólo recibió numerosas distinciones nacionales, sino que Inglaterra le concedió la Condecoración de la Orden del Imperio Británico (OBE), que muy pocas llegaron al Uruguay.

Nos atreveríamos a decir de García Capurro que si le entregaran un hombre (o quizá un animal desconocido) con una enfermedad quirúrgica también desconocida, no descrita, él sabría descubrirla y "acomodar" (como él decía) todo lo patológico. Tales eran su instinto y olfato quirúrgico.

De sus innumerables aforismos que encontramos en sus cuadernos escritos a bordo, destacamos:

"Nada tan bien hecho como aquello que parece muy fácil".

"La felicidad está en tener absoluta seguridad de tu equilibrio".

"Feliz el que haya podido vivir sin mandar ni obedecer".

"Es necesario que tengas confianza en tu propio juicio".

"Sabiduría no es ciencia; no hay una cátedra de sabiduría, cada cual tiene que buscarla. Hay quien la encuentra".

"Ciencia y sabiduría son muchas veces fuerzas opuestas".

"La mayor satisfacción es hacer algo por los demás".

"Los médicos se dividen en: los que siempre están y los otros".

"El día que nadie te recuerde, recién habrás muerto del todo".

Publicaciones del Dr. García Capurro

1. *Valor de la leucocitosis. 1933*
2. *Cirugía del Páncreas. 1935*
3. *Abscesos subcutáneos de la palma de la mano. 1934*
4. *Infecciones agudas de las manos. 1935 y 1938*
5. *Bacilosis de las vainas radiocarpianas. 1939*
6. *Tratamiento de las fístulas altas del tubo digestivo por aspiración continua. 1940*
7. *Gastrectomía por ulcus. 1940*
8. *Pneumotórax. Aspiración pleural. 1940*
9. *Influenza del ambiente de la Sala operatoria. 1940*
10. *Hidatidosis vertebral. 1948*
11. *Apendicostomía ensanchada. 1949*
12. *Hidatidosis del fémur. Reposición total del fémur. 1952*
13. *Algunas ideas generales de cirugía abdominal. 1955*
14. *Exploración quirúrgica en los ulcus gastroduodenales. 1952*
15. *Tratamiento de los grandes traumatismos múltiples. 1958*
16. *A los 21 años de un transplante total del fémur. 1972*

EL RAFA

RAFAEL GARCÍA CAPURRO fue un hombre extraordinario. Si lo disimulaba con su modestia y silencio, a los que estábamos cerca de él, nos hacía admirarlo, todavía más.

Y lo fue desde su juventud, en que se destacó en cualquier deporte que practicara. En un rally alrededor de la República, sustituye una pieza rota de su automóvil, por una tallada por él, con un pedazo de madera dura del camino. Practicaba el tiro al blanco y solía dar en la diana, lo que ya constituía un símbolo que se repetiría a lo largo de tantos años.

Le entusiasmaba la bicicleta, que él mismo preparaba y perfeccionaba. Jugaba a menudo a la paleta vasca, dominando el frontón.

Navegaba a vela, pasando los fines de semana que podía (si no lo llamábamos para operar) en el Río Santa Lucía, que exploraba y conocía tan bien en todos sus recovecos que lo llevó a elaborar un mapa detallado de la zona, apreciado por todos los navegantes.

En "su" río descansaba y escribía el libro "de bitácora", donde se pueden encontrar meditaciones, observaciones agudas, cuentos reales o fantásticos de aquellos lugares, en prosa y en verso. Y no sólo en castellano, sino en inglés y en alemán. Por si esto fuera poco, todo ello ilustrado con dibujos a lápiz, a tinta o en colores. Se pueden encontrar perfectamente detallados, plantas y animales del río. Llegó a pintar con óleo. Además, tallaba la madera con maestría, tanto de una sonriente cara joven, como de su propia mano (que tanto bien hizo en este mundo). Pero su escultura "magna" fue la figura del dios del río, "Bartolo". El dios Bartolo fue el principal personaje de un mundo de leyenda que García Capurro creó, sobre historias del río. Frente al puerto Chiquitúa alzó el altar natural en que entronizó a Bartolo. El primer sábado de noviembre con luna llena tenía lugar la procesión náutica, que él institucionalizó, e hizo tradicional.

Pero lo admirable, no es sólo este polifacetismo, sino que todos los dibujos o pinturas, versos o pensamientos, cuentos o tallas, eran de una calidad y belleza indiscutibles.

Su amor por el río lo llevó a pintar –ocupando toda una pared– la sala de descanso del Block operatorio del Hospital Británico. Un paisaje del río, con su barco "Carina" incluido, para disfrutarlo también durante la semana...

Podríamos seguir los ejemplos, pero lo que queremos resaltar es que fue, no un cirujano, sino, EL cirujano. Bien lo sabemos los que trabajamos años a su lado y a su sombra. Vimos, en nuestros tiempos de médicos jóvenes, como a cualquier hora del día o de la noche acudía a nuestro llamado en pocos minutos, sin el menor signo de contrariedad ni impaciencia. Y al intervenir él, todo se solucionaba, todo parecía fácil, no existían dificultades ni complicaciones para aquellas manos y aquella cabeza privilegiadas. Siempre ocurre así cuando se domina una técnica o un oficio, todo parece fácil. Su vocación, su placer, era –según su verbo preferido– "acomodar" cualquier problema que se presentara, desde lo más insignificante, una uña encarnada, hasta lo más complejo, como el cambio de un fémur completo: primer caso en el mundo.

Una inteligencia preclara y una honestidad a toda prueba se juntaban en un trabajador infatigable. Es fácil deducir que, sumando estas condiciones y el ambiente donde se movía, resultó un personaje fuera de serie, e inolvidable.

Su independencia de criterio y su gran poder de observación hicieron de él un verdadero creador. Sus conceptos tan pensados y firmes, los ponía en práctica, aún en desacuerdo con la ortodoxia quirúrgica del momento. Ello no le impedía que tuviera un gran respeto por los grandes maestros, pero su ojo clínico y vasta experiencia, lo llevaban a menudo a seguir caminos propios.

Los anestesiólogos –que son los mejores jueces en esta materia– eran unánimes en opinar que no había un cirujano como él. Uno de ellos, maestro en anestesiología, a la vuelta de un largo viaje por el extranjero, cuando le preguntaron sobre uno de los cirujanos más famosos del mundo, contestó la frase que nos impresionó a todos: "no es mejor que García Capurro!"...

Inventó un sinfín de técnicas y de instrumental quirúrgico. En Europa, a su famoso separador, le llamaban "el separador de Montevideo".

Su intuición lo llevó a inventar la circulación de aire filtrado en las salas de

operaciones, con un resultado tan espectacular que fue copiado en varios quirófanos, mucho antes de que se hablara del aire acondicionado. Y también después.

Nos atreveríamos a sostener que si le entregaran un hombre (y quizás un animal) desconocido, con una enfermedad quirúrgica también desconocida, no descrita, él sabría descubrirla y "acomodar" todo lo patológico; tales eran su instinto y olfato quirúrgicos.

Su modestia le hacía ocultar, en vez de exhibir, el "bisturí de oro", que le habían entregado los modestos obreros del Ferrocarril. Era el reconocimiento por tantos accidentes y enfermedades que él les había "acomodado".

Fue Presidente de la Sociedad de Cirugía del Uruguay. Nunca mencionaba, y menos presumía, de poseer la "Orden del Imperio Británico", la famosa "OBE", que tan pocos lograron en el Uruguay. Cuando lo eligieron Miembro de la Academia de Medicina, escogió como lugar para recibir a los delegados, el Hospital Británico de Montevideo, el que dirigió y prestigió durante años, con el beneplácito de todos los que hoy lo echamos tanto de menos.

Tan completo era "el maestro", que no había tema que desconociera. Dominaba el inglés a fondo, y hablaba francés y alemán. Ya hemos dicho que compuso una poesía sobre el Río Santa Lucía, en germano: "Mein Bach". Había leído mucho, de medicina, de literatura, de arte, de música... Era un "Enciclopedista moderno". Y siempre dentro de una modestia y sencillez que lo hacían, como dijimos, más admirable todavía. Todo eso no bastaría para considerarlo un hombre extraordinario si no fuera acompañado, más, dominado por un sentido común y una hombría de bien, que lo convirtieron en el consejero de todos los que lo rodeábamos.

En lo profesional, nos enseñó todo: desde lo más elemental de la cirugía, como tratar con el enfermo (técnica y socialmente), con los familiares y con los colegas, hasta, como cobrar (siempre poco) a cualquier paciente por rico que fuera. En una palabra, deontología. Y cuando aparecían problemas de otra índole: sociales, económicos, familiares o internos del hospital... ninguno dudábamos en recurrir a su consejo, sabio, por más disimulado que estuviera en su simplicidad. El "remedio" que solía recetar para los problemas sin solución, era: "laborterapia"...

Mejor que todo lo que podamos decir nosotros, meditemos lo que él mismo escribió, mientras descansaba en "su" río:

Estas vivo, si alguien precisa de tu ayuda.

La única satisfacción verdadera la tendrás cuando hagas algo por los demás.

La felicidad está en tener absoluta seguridad de tu equilibrio. Es necesario que tengas confianza en tu propio juicio.

La modestia es un lujo que no todos pueden darse.

¿Qué es tener éxito? Es merecer el aprecio de todos los demás.

Buena voluntad, es la clave del mundo.

Nada tan bien hecho, como aquello que parece muy fácil.

Si eres viejo y te sientes joven, que no se den cuenta, no te lo permiten ni los jóvenes ni los viejos.

Sabiduría no es ciencia. A veces hasta se oponen. Cada cual debe buscarla. Hay quien la encuentra.

Si te asocias a otra persona, pierdes la mitad de la libertad.

Los hombres buenos sienten que deben desempeñar dos papeles en el mundo: uno real y otro ideal.

Si crees que existe el diablo, es porque es una parte de ti mismo.

No te asombres de la muerte, asómbrate de la vida y de la suerte de haber nacido.

El día que nadie te recuerde, recién habrás muerto del todo.

Recordando a García Capurro se podría escribir un libro entero. Trabajar con él fue un privilegio, un placer y la seguridad de haber estado junto al mejor cirujano que hemos visto.

Montevideo, abril de 1995